CAPÍTULO 15

Legalismo

Comencemos este capítulo con una pequeña evaluación. Escriba en una hoja una columna de números del 1 al 10, y conteste las siguientes diez preguntas colocando junto al número correspondiente la respuesta "Sí" o "No":

1. Estoy preocupado por la creciente mundanalidad que percibo en la iglesia, especialmente en lo que respecta al relajamiento de las normas por parte de muchos de sus miembros.

2. Tengo amigos que también están preocupados por esto y conversamos acerca del asunto muy a menudo.

3. Desearía que Dios me utilizara de alguna manera para conducir a la iglesia nuevamente a su estado de pureza original.

4. Me parece que algunos pastores destacan demasiado la justificación por la fe, pero no suficientemente la obediencia.

5. A veces me pregunto cómo puede ser que los miembros de iglesia que usan joyas (aros, pulseras, brazaletes, collares, etc.), que hacen cosas incorrectas durante el sábado, que asisten al teatro o al cine, y que hacen otras cosas mundanas puedan tener una relación con Jesús.

6. La Biblia y el espíritu de profecía parecen tan claros acerca de nuestras normas, que a veces me pregunto si algunas personas han leído alguna vez ese material.

7. Estoy tan preocupado por esas personas que he animado a algunos de ellos a ser fieles, o al menos he pensado que debería hacerlo.

8. Me esfuerzo mucho por educar a mis hijos de acuerdo con las normas de nuestros pioneros (o quisiera que hubiera más padres que eduquen a sus hijos de acuerdo con las normas de nuestros pioneros).

9. A veces desearía que existiera alguna manera de hacer que los miembros de iglesia obedecieran las normas, y me pregunto por qué la iglesia no asume una posición más firme al respecto.

10. Trato de animar a mis hijos mayores (o a los jóvenes en general, si no tengo hijos) a que se mantengan fieles a lo que les enseñé.

Cerca del final de este capítulo diré algunas cosas más acerca de esta breve evaluación, pero por ahora me gustaría apartarme por un momento de nuestro estudio de Gálatas y dedicar algo de tiempo a analizar el legalismo. Esto nos ayudará a entender mejor los últimos dos capítulos de Gálatas cuando lleguemos a ellos.

La palabra "legalismo" ha llegado a tener varios matices de significado entre los cristianos. La diferencia entre esos sentidos del legalismo me fue ilustrada hace varios meses cuando leí un artículo en cierta revista publicada por un grupo de adventistas que operan como un ministerio independiente dentro de nuestra denominación. El tema del artículo era precisamente el legalismo, y el autor destacaba que quienes lo tildaban de legalista eran injustos, ya que el legalismo, decía él, es el esfuerzo por obtener la salvación guardando la ley, con lo cual ni él ni sus seguidores estaban de acuerdo. Ellos creían en la salvación por gracia sola, aparte de cualquier obra de la ley. La obediencia y la conformidad con las normas vienen como *resultado* de la salvación, afirmaba él, en lugar de ser la *causa* de ella.

La definición que ese autor dio del legalismo es uno de los significados correctos de esa palabra. De acuerdo con esa definición, ni él ni quienes creen como él son legalistas. Cada cristiano necesita comprender de esa manera la relación que existe entre la ley y la gracia.

Sin embargo, existen otras formas de legalismo, algunas de las cuales son visibles hoy en la iglesia mientras que otras no lo son. La forma de legalismo representada por el partido judío ya no existe entre los cristianos. En este libro hemos examinado su teología y la respuesta de Pablo. Ese tipo de legalismo murió cuando Jerusalén fue destruida en el año 70 de nuestra era. Otra forma de legalismo es la representada por la Iglesia Católica Romana y se desarrolló durante la Edad Media. Esta forma de legalismo ya no existe entre los protestantes.

Sin embargo, el legalismo no es sólo una teología. Más fundamentalmente es un conjunto de actitudes, una manera de pensar acerca del pecado y de la relación entre los pecadores y Dios, y de ellos entre sí. Estas actitudes han existido en todas las ramas de la cristiandad desde los albores de la iglesia cristiana hasta el presente. La teología resultante de esta manera de pensar será diferente en los distintos grupos de cristianos, pero las actitudes que están detrás de esas teologías diversas son comunes a todas las formas del legalismo. En este capítulo examinaremos estas actitudes que subyacen bajo la superficie del legalismo.

Pienso que es posible afirmar que estas actitudes tienden a ser muy comunes entre los cristianos conservadores, o lo que solemos denominar cristianismo "fundamentalista". Algunas de esas actitudes son también evidentes en las formas fundamentalistas del islamismo. Mucho de lo que digo en este capítulo será típico del legalismo existente entre los protestantes conservadores de nuestros días, y puesto que escribo desde una perspectiva adventista, todo lo que afirmo será característico del legalismo adventista. Definiré una docena o más de actitudes bajo tres encabezamientos generales.

Actitudes acerca del pecado y la salvación

En la introducción a su carta a los Gálatas, Pablo señaló que la raíz de la herejía sustentada por el partido judío era la comprensión equivocada que aquel tenía del evangelio. Él lo definió como: "Un evangelio diferente. No que haya otro" (Gálatas 1:6, 7). Una comprensión desacertada del evangelio ha sido la fuente de todo el legalismo presente en la iglesia cristiana desde la época de Pablo hasta el presente.

La teología de la mayoría de las religiones no cristianas se basa en la idea de que la salvación —vida eterna más allá de la tumba— depende de la buena conducta de la persona. El cristianismo es único en su enseñanza de que la salvación se obtiene sólo por gracia, por medio de la fe, aparte de cualquier cosa que el pecador haga. Sin embargo, el deseo humano de hacer algo para merecer la salvación es tan intenso que aflora de tanto en tanto entre los cristianos, creando sutiles formas de legalismo incluso entre quienes profesan creer en la salvación por gracia sola y por medio de la fe.

Relación entre justificación y crecimiento cristiano. Los adventistas afirman casi universalmente su creencia en la salvación por gracia sola mediante la fe. Nuestro problema tiende a estar en comprender la relación de esta enseñanza con el desarrollo del carácter. Esta dificultad es tal vez ilustrada de la manera más sucinta por medio de lo que cierta persona me dijo en una ocasión: "Dios nos salva *de* nuestros pecados, no *en* nuestros pecados". Los legalistas de esta clase coinciden en que Dios acepta a los pecadores tal como son cuando se acercan a Cristo por primera vez. El no exige que venzan ciertos pecados o que alcancen cierto nivel particular de desarrollo del carácter para poder salvarlos.

Pero, ¿cómo actúa Dios con los pecados que los cristianos cometen después de que han sido perdonados y han experimentado la conversión? Aquí es donde interviene la teología según la cual: "Dios nos salva *de* nuestros pecados, no *en* nuestros pecados". La idea es que el poder de Cristo es suficiente para dar a los cristianos la victoria sobre todo pecado conocido (véase Filipenses 4:13). Por lo tanto, una vez que la persona ha sido convertida, el desempeño perfecto es no sólo posible sino necesario para retener la certidumbre de la salvación. Según esta teoría, en el momento en que las personas pecan, rompen su relación con Jesús y esa relación no es restaurada hasta que confiesan sus pecados y piden perdón. El pecado y la justificación llegan a ser una especie de interruptor de encendido-apaga- do para la salvación. La justificación activa la salvación, mientras que la comisión de un pecado conocido la desconecta.

Una definición conductista del pecado. Creo que en la base de esta interpretación incorrecta del evangelio yace una definición incorrecta del pecado, la idea de que el pecado tiene que ver con lo que hacemos (conducta) y no con lo que somos (el corazón). En este mo-

mento hay un gran debate dentro de la Iglesia Adventista acerca de esta cuestión, así que tal vez deberíamos dedicar un poco de tiempo a clarificar el asunto.

Decir que el pecado tiene que ver primordialmente con nuestro ser, y no con lo que hacemos, no significa que la conducta pecaminosa carece de consecuencias. La Biblia condena tanto los actos pecaminosos como el corazón pecaminoso. La pregunta que debemos hacernos es: ¿Cuál es la fuente del problema? Si la fuente del problema es nuestra conducta, entonces el corazón humano es puro hasta que resulta contaminado por el primer pecado cometido por la persona. De acuerdo con esta definición del pecado, si un bebé pudiera de alguna manera evitar cometer ese primer pecado, permanecería impecable y presumiblemente no necesitaría de la salvación. Por otra parte, si el corazón es la fuente del problema, cada ser humano es un pecador desde el momento mismo de su nacimiento, aun antes de que cometa un primer pecado. No podemos evitar hacer cosas malas porque nuestro corazón, la fuente de toda conducta, está contaminado.

La Biblia dice que todos nosotros somos "por naturaleza hijos de ira" (Efesios 2:3). Y el salmista afirma que: "En maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre" (Salmo 51:5). El pecado no es tanto lo que *hacemos.* En su raíz, el pecado es lo que *somos.* Hacemos cosas pecaminosas porque tenemos corazones pecaminosos. Dijo Jesús: "Del corazón de los hombres salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre" (Marcos 7:21-23).

Queda claro, entonces, que el pecado no es tanto lo que *hacemos.* En su fundamento mismo, el pecado es lo que *somos.* Cometemos actos pecaminosos porque tenemos corazones pecaminosos.

Este asunto tiene totalmente que ver con el legalismo. Para los legalistas, quienes piensan acerca del pecado primordialmente en términos de conducta, el objetivo mayor del crecimiento cristiano es dejar de hacer cosas pecaminosas. Les parece impropio que las personas se consideren a sí mismas como cristianas en tanto sigan haciendo cosas malas.

Sin embargo, si el pecado consiste primariamente en algo que somos interiormente, y sólo secundariamente en lo que hacemos, entonces la solución para el problema pasa en primer lugar por un cambio de corazón. Llamamos a esto conversión. El cambio en la conducta no puede ocurrir inmediatamente después de la conversión, sino que ocurrirá a lo largo del tiempo. Un carácter pecaminoso se desarrolla gradualmente a partir de las motivaciones que brotan de un corazón pecaminoso. Cuando el corazón cambia, comienza un desarrollo gradual del carácter en la dirección correcta.

La cuestión —la médula de todo el debate— es la siguiente: si el cambio de la conducta ocurre sólo gradualmente a partir de la conversión, ¿en qué condición estamos delante de Dios durante el lapso en el que luchamos contra la tentación, cuando la victoria todavía no es completa? Los legalistas encuentran extremadamente difícil, sino imposible, creer que Dios aceptará a los pecadores — con pecados y todo— durante el proceso que conduce a la victoria. Insisten en que "Dios nos salva *de* nuestros pecados, no *en* nuestros pecados".

Sin embargo, tengo la convicción personal de que si decidimos mantener nuestra relación con Jesús, retenemos nuestra conversión durante el período en el que la victoria está en proceso, cuando todavía no es completa. Rechazo absolutamente la teoría del interruptor, según la cual la justificación conecta la salvación, mientras que todo pecado subsecuente la desconecta hasta que ese pecado es confesado y la justificación la posibilita nuevamente. Creo que Dios nos acepta con nuestros defectos de carácter y las conductas equivocadas que emanan de ellos, en tanto mantengamos nuestra relación con él. La manera de desconectar la salvación no es pecar sino rebelarse, negarse incluso a interesarse en la salvación o en vivir la vida cristiana. Por desgracia, es probable que eso se haga más frecuentemente por negligencia que por una decisión consciente.

Tal vez iría demasiado lejos si dijera que todo aquel que adopta la postura conductista acerca del pecado es un legalista. Pero creo que esa definición del pecado es un caldo de cultivo o entorno propicio para desarrollar maneras legalistas de pensar.

Una definición conductista de la perfección. Una definición conductista de la perfección surge en forma natural de una definición conductista del pecado. Si el pecado es primariamente algo que hacemos, la

perfección también es primordialmente algo que hacemos. De acuerdo con esta posición, el crecimiento hacia la perfección es cuestión de aprender qué conductas son equivocadas y obtener el poder de Cristo para vencerlas. La perfección suma consiste entonces en alcanzar el punto donde ya no se hacen cosas equivocadas, es decir, la impecabilidad.

Hay, por supuesto, una gran verdad en la idea de que la perfección tiene que ver con la conducta. Los Diez Mandamientos fueron enunciados primariamente en términos de conducta. Ninguna persona perfecta comete adulterio, engaña o miente. Pero si la conducta pecaminosa brota de un corazón pecaminoso, la cura real para el problema del pecado no radica en cambiar la conducta, sino en cambiar el corazón. La conducta equivocada es simplemente una bandera que flamea frente a nuestro rostro, advirtiéndonos de esa manera que todavía tenemos un corazón pecaminoso. En su fundamento, la perfección es primariamente una condición del corazón y sólo secundariamente una condición de la conducta.

Este es un punto crucial de la teología para cualquier comunidad escatológica (es decir, un grupo de creyentes que se están preparando para los acontecimientos finales de la tierra) que cree, como los adventistas del séptimo día, en la perfección del pueblo de Dios en el tiempo del fin.

No tengo problemas con la idea de que el pueblo de Dios que viva en el tiempo del fin será tan perfecto como Dios pueda hacer que lo sean los seres humanos de este lado del segundo advenimiento de Cristo. El libro de Apocalipsis parece sugerir eso (véase Apocalipsis 7:1-8; 14:1-5, 12; 16:15). No obstante, es extremadamente esencial que cada comunidad de cristianos que abraza esta creencia comprenda correctamente lo que significa el pecado y la salvación. De lo contrario, con sus esfuerzos por ser perfectos, están en grave peligro de encaminarse a sí mismos y a otros hacia la insania espiritual, midiendo continuamente su propia conducta y la de los demás mientras que el problema real se encuentra en el corazón. Esa es la peor forma del legalismo.

Una obsesión con las normas. El concepto conductista del pecado y de la perfección que acabo de describir, juntamente con nuestra creencia en una perfección para el tiempo del fin, yacen en la base de

mucho del legalismo que he observado en la Iglesia Adventista. Si el pecado tiene que ver primariamente con lo que hacemos (no con lo que somos en nuestro interior) y si la perfección debe medirse en términos de la conducta (en lugar de medirse en términos del estado del corazón), llega a ser de suprema importancia descubrir qué conductas son correctas y cuáles son erradas. La justicia, la rectitud, se convierte en una larga lista de cosas que se deben hacer y cosas que no se deben hacer, y en una continua búsqueda de más cosas para agregar a la lista. Y las normas que tienen que ver con el estilo de vida encajan dentro de ese requerimiento como la mano en el guante.

Muchos de los legalistas que conozco tienen una obsesión con el estilo de vida y las normas de conducta. Y, puesto que Dios está perfeccionando toda una comunidad de santos para el tiempo del fin, y no sólo a ellos, hacen frecuentemente un alboroto acerca de los miembros de iglesia que usan joyas o adornos, que asisten al teatro o al cine, que hacen ciertas cosas en sábado, etc. En cierta comunidad adventista donde viví durante algún tiempo había un grupo que se reunía regularmente para verificar el desarrollo del carácter de cada uno de sus integrantes y para señalarse sus defectos e imperfecciones. Uno de sus motivos primarios para reunirse era aparentemente ayudarse unos a otros en su preparación para el tiempo del fin.

Una medida de la experiencia cristiana. De esa obsesión por las normas surge otra actitud estrechamente relacionada con ella. Los legalistas tienden a poner mucho énfasis en las normas que tienen que ver con el estilo de vida como una medida del progreso en la vida cristiana. Cuando ven en la iglesia una mujer con aros y collar, lo primero que piensan es que ella está sin duda declinando en su experiencia cristiana. Pero puede ser que ella haya considerado el asunto con oración y a la luz de las Escrituras, y haya concluido que Dios no objeta lo que está haciendo.

Debemos permitir que cada uno tenga esta libertad como cristianos. Se trata de algo que no es asunto de otra persona. No nos dedicaríamos a juzgar a una mujer por el tipo de ropa que usa para asistir a la iglesia. No diríamos que la mujer que fue a la iglesia con un vestido es una buena cristiana pero que otra sentada a su lado está perdiendo su relación con Jesús porque vestía camisa y falda. ¿Por

qué deberíamos entonces juzgar la experiencia cristiana de una persona por el hecho de que use collar y aros?

"Pero la iglesia tiene una norma de vestimenta", dice usted. "No usamos joyas ni adornos como aros y collares".

Eso es cierto, y no estoy proponiendo que abandonemos nuestras normas al respecto. Las normas no son legalismo. No tengo problemas con quien decide no usar joyas ni cosas parecidas, y no tengo problemas con un grupo de personas (una iglesia) que está de acuerdo en no usar joyas como adorno. Pero sí tengo un problema con quienes usan esas cosas como base para juzgar la calidad de la experiencia cristiana de otra persona. *Eso sí es* legalismo.

Rechazo para con los pecadores. En su extremo más lamentable, la tendencia de los legalistas a interpretar erróneamente el evangelio los lleva a rechazar a las personas que han pecado. Les parece que tratar amablemente al pecador equivale a aprobar su pecado. Esta actitud, que era común entre los fariseos de los días de Cristo (véase Lucas 15:1, 2), desemboca con frecuencia en algunas de las peores formas de crueldad social, ¡y todo en nombre de mantener la pureza de la iglesia!

La Biblia como libro de reglas

Si la justicia o rectitud ha de medirse primariamente por la conducta, entonces es importante descubrir qué conductas son correctas y cuáles no lo son. La principal fuente de información en tal sentido es, por supuesto, la Biblia. Los adventistas del séptimo día también consideran los escritos de Elena de White como dotados de autoridad, lo que la convierte en una fuente de autoridad para nosotros acerca de la conducta correcta y de la errónea. El legalista, interesado en descubrir la conducta acertada y la errónea, tomará cada declaración inspirada acerca de la conducta como un mandamiento que debe ser literalmente obedecido en todo tiempo.

Este deseo de encontrar una declaración autoritativa para todo acto de la conducta conduce a varias consecuencias desafortunadas.

Dificultad para tomar decisiones morales personales. La necesidad que los legalistas sienten de tener una definición inspirada de la conducta acertada y de la errónea hace que con frecuencia les resulte difícil

ejercer su propio juicio acerca de los asuntos morales. Preferirían que se les dijera cuál es el curso correcto de acción en lugar de tener que decidir por sí mismos.

Claro que la Biblia señala ciertas conductas que son correctas y otras que no lo son, como también lo hace Elena de White. Pero aún más importante que eso es la descripción que la Biblia hace del corazón que es recto delante de Dios y del que no lo es. Y en ese contexto, la Biblia no define tanto la conducta correcta y la incorrecta como los motivos o motivaciones correctos e incorrectos, dejando a menudo que el individuo decida por sí mismo qué conducta es correcta.

Pero la idea de decidir por sí mismos qué es correcto y qué no lo es resulta muy atemorizante para los legalistas. Y esto les ocurre particularmente cuando su sentido común sugiere un curso de acción contrario a lo que las Escrituras parecen decir. Por ejemplo, los adventistas guardamos el séptimo día de la semana, y tratamos de observarlo en armonía con el principio bíblico según el cual debemos evitar en ese día las transacciones comerciales comunes. Muchos adventistas, entre los que me incluyo, observan ese principio cargando el combustible para sus vehículos durante el viernes y evitando comer en restaurantes durante el sábado. Sin embargo, si me viera obligado a manejar durante varias horas en sábado, cargaría combustible también ese día sin cargos de conciencia, y si estuviera fuera de casa por razones de viaje sin disponer de un hogar conocido donde comer, compraría comida en sábado. Los legalistas no sólo se sentirían pésimamente teniendo que hacer eso, sino que también condenarían a cualquiera que lo hiciera.

El error de convertir declaraciones culturales en prácticas atemporales. Otra característica que es común entre los legalistas es la tendencia a convertir declaraciones bíblicas destinadas a la cultura para la que fueron escritas en normas atemporales, para todo tiempo y lugar. Permítame ilustrar esto.

Un amigo mío que vivió varios años en el Lejano Oriente me contó que en la cultura de Tailandia los niños demuestran su respeto para con las personas mayores poniendo sus manos juntas debajo del mentón e inclinándose. Suponga que el apóstol Pablo hubiera estado aconsejando a los niños tailandeses de hoy. Seguramente les

habría dicho: "Niños, junten sus manos e inclínense ante sus mayores". Una interpretación correcta de esa hipotética declaración inspirada nos llevaría a entender que los niños de toda cultura deberían mostrar respeto para con sus mayores de la manera como se acostumbre hacerlo en sus respectivas culturas, ya sea inclinándose, diciendo "señor" o "señora", etc.

Sin embargo, si Pablo hubiera dado en verdad ese consejo, los legalistas de todo el mundo habrían elevado esta costumbre de la cultura tailandesa al nivel de norma eterna divinamente ordenada y dirían a sus hijos que Dios quiere que junten sus manos y se inclinen en señal de respeto.

Esto es en verdad lo que ha ocurrido con ciertas declaraciones bíblicas que son claramente destinadas a una cultura en particular. Por ejemplo, conozco a un buen número de hombres que no se recortan la barba en obediencia a una prohibición registrada en Levítico 19:27. No sabemos por qué dio Dios esa orden a los israelitas, pero es muy probable que tuviera que ver con alguna práctica de aquella época. Cortar la punta de la barba era tal vez una práctica religiosa de los cananeos y Dios quería que su pueblo se distinguiera en ese sentido de los paganos. ¡Dios no se refería a que el acto de recortarse la barba fuera por siempre algo erróneo!

Conocí a un hombre según el cual no se debía usar ropa confeccionada con hilados de distinto tipo (véase Levítico 19:19). En consecuencia, las camisas del tipo *wash and wear* (o sea, de secado rápido, sin necesidad de planchado) estaban prohibidas pues están hechas de una combinación de algodón y otro material sintético. También afirmaba que era incorrecto usar al mismo tiempo dos prendas de vestir hechas de diferentes materiales. Si la camisa era de algodón, el pantalón también debía ser de algodón. (Siempre me he preguntado qué tipo de ropa interior usaba ese hombre cuando iba a la iglesia con su traje de lana.)

Escucho de vez en cuando acerca de cristianos que insisten en que las mujeres no deben usar pantalones. Ciertamente la Biblia dice que una mujer no debería vestir ropa de hombre (véase Deuteronomio 22:5). Sin embargo, debe señalarse que en la época cuando eso fue escrito, los hombres y las mujeres usaban mantos por igual. La diferencia entre los mantos femeninos y masculinos se evidenciaba

por el corte. Lo mismo puede decirse de los pantalones. Hombres y mujeres los usan por igual, pero los pantalones femeninos no son iguales a los masculinos. La diferencia está en el corte. Usted puede poner a prueba esta teoría yendo a la tienda más cercana y comparando un vaquero de dama con uno de varón. Ciertamente *hay* una diferencia.

Me cuesta creer que Dios pretendiera hacer del uso femenino de ropa típicamente masculina y viceversa una cuestión moral para debatir. Pienso que la razón por la que la gente usa ropa adecuada para su sexo es más de orden práctico que moral. Personalmente me sentiría un tonto si tuviera puestos los pantalones de mi esposa, y creo que a ella le ocurriría lo mismo si usara los míos.

Convirtiendo las preferencias personales en normas morales. Algunos legalistas pretenden convertir en asuntos morales lo que no pasa de ser una cuestión de gusto personal o una práctica cultural contemporánea. Recuerdo, por ejemplo, la resistencia de parte de algunos cristianos conservadores a fines de la década del 60 y a comienzos del 70 contra el pelo largo y la barba, que volvían a ponerse de moda en esa época. El uso de la barba era común a fines del siglo XIX (por el año 1800) y la costumbre de llevar el pelo largo no era muy rara en los varones. No obstante, ambas cosas cayeron en desuso a comienzos del siglo veinte, y en la década del 50 nuestra cultura estaba tan acostumbrada a que los hombres tuvieran el cabello muy corto y no usaran barba, que teníamos la tendencia a pensar que el aspecto de un hombre barbado y de cabello largo resultaba extraño. Y algunos cristianos conservadores estaban seguros de que cualquier hombre que usara el pelo largo y/o barba debía estar decayendo en su experiencia espiritual. Actualmente, muy pocas personas pensarían en juzgar la experiencia cristiana de un hombre por el hecho de que use barba o pelo largo.

Creo que muchas de las discusiones actuales acerca de temas como la música, el uso de joyas o adornos, la longitud de la pollera de una mujer (¿debería estar encima de la rodilla o debajo de ella?), la manera de guardar el sábado, cuánta o cuán poca azúcar se debe consumir y los estilos de adoración, tienen mucho más que ver con la preferencia personal, con el condicionamiento cultural o con ambas cosas más que con la moralidad bíblica.

Sólo una manera correcta de hacer las cosas. Si la Escritura es un libro de reglas, bastaría con leer las reglas y aplicarlas. Y esto conduce a otra actitud característica de muchos legalistas: la absoluta certeza de que existe sólo una manera correcta de interpretar la Biblia respecto de las normas. Y la interpretación correcta es, por supuesto, siempre la de los legalistas. Cualquier opinión diferente de la de ellos les resulta sospechosa. Sus propias opiniones les parecen tan obviamente correctas que se preguntan cómo puede ser que alguien no vea las cosas de la misma manera que ellos. Para ilustrarlo de otra manera, a los legalistas les resulta muy difícil aceptar el hecho de que puedan existir diferencias honestas de opinión entre cristianos.

Una vez que "saben" qué es lo correcto, los legalistas pasan a juzgar la experiencia cristiana de otros por medio de esta norma artificial. Algunos legalistas insisten en que otros cristianos, y a menudo que la iglesia como un todo, debe adoptar su punto de vista particular.

Y esto nos lleva a la tercera actitud general que ha sido característica del legalismo a lo largo de los siglos.

El deseo de tener el control

Una de las características principales del legalismo, tanto del antiguo como del moderno, es el deseo de tener el control, ya sea sobre los individuos o, en algunos casos, sobre toda una congregación o aun sobre toda una denominación. Creo que es aquí donde el legalismo del partido judío se asemeja más al de los legalistas de hoy El partido judío quería controlar la vida individual de los cristianos de la iglesia primitiva. En Antioquía quisieron controlar a toda una congregación (véase Hechos 15:1), y como ya hemos visto, en Galacia trataron de controlar las congregaciones de toda una región.

El legalismo no es el único método que las personas han usado para controlar a otros cristianos. Algunas personas usan su dinero. Otros usan su posición en la comunidad para influir sobre las decisiones de la iglesia. Otros incluso usan el enojo. Un amigo mío que es pastor en New England me contó acerca de cierto hombre que usaba su enojo para intimidar a una congregación entera y mantenerla sometida a él. Los legalistas usan su versión de la moralidad para controlar la conducta de otros cristianos o grupos de cristianos.

Seguidamente enumeraremos algunas de las características de esta forma de legalismo.

Crítica e intimidación. Uno de los métodos usados más comúnmente por los legalistas para controlar a otros es la crítica y la intimidación. Los legalistas que quieren controlar a los individuos, los atacan verbalmente en relación con ciertas cosas que éstos están haciendo y que aquéllos consideran incorrectas. Después de todo, ¿no nos ordenó Jesús que señaláramos los pecados de la gente? (Véase Mateo 18:15-20.) Las mujeres que usan joyas, adornos similares o pantalones, los adventistas que almuerzan en restaurantes durante el sábado, las personas que van a ver una película al cine, todos ellos tendrán que escuchar a los legalistas hablando de esos asuntos.

Las iglesias también pueden resultar objeto de los esfuerzos de los legalistas por tener el control. Dependiendo de la tradición religiosa de cada iglesia, el uso de velas, de cruces, de otras versiones bíblicas diferentes de la Reina-Valera, los árboles navideños y ciertos estilos de música religiosa están entre las numerosas prácticas que provocan la crítica de los legalistas. En cierta ocasión fui pastor de una congregación que estaba construyendo su templo. Allí había unas pocas personas que se oponían a poner un campanario en el techo porque supuestamente cierta cultura pagana de la antigüedad usaba las cúspides como símbolos fálicos.

Rara vez ocurre que los legalistas logren controlar una congregación entera o una denominación. Su éxito radica en captar la atención de un reducido número de seguidores que compartan su espíritu de crítica, y en crear luego una guerra entre las dos facciones. Muchas congregaciones, y en varios casos denominaciones enteras, se han dividido por cuestiones que en su raíz son el resultado de los intentos de los legalistas por imponer sus opiniones personales a la iglesia como un todo.

Por supuesto que toda congregación y toda denominación serán controladas por alguien. En tal sentido, podría decirse que los legalistas tienen tanto derecho como cualquier otro a intentar controlar la iglesia. El problema de los legalistas es que no pueden aceptar el "No" como respuesta. Cuando la mayoría vota contra sus opiniones, acusan a la iglesia de estar en apostasía y siguen criticando, condenando y tratando de conseguir seguidores. Esto parece haber sido el

caso del partido judío. En este libro he tomado la posición de que Pablo escribió su carta a los Gálatas después del Concilio de Jerusalén. Si eso es correcto, aun cuando el partido judío resultó abrumadoramente derrotado en la votación durante aquella sesión, se negaron a aceptar el veredicto de la iglesia entera y siguieron esparciendo sus enseñanzas y criticando a todo aquel que se negó a unírseles.

Un sentimiento de responsabilidad personal. Los legalistas tienden a sentirse personalmente responsables de la moralidad de otros y frecuentemente también de la pureza moral de la iglesia entera. ¿Acaso no sugiere la respuesta de Dios a Caín que éste era efectivamente responsable de su hermano? (Véase Génesis 4:1-12.) ¿Acaso no dijo Dios a Ezequiel que debía ser un atalaya sobre el muro para señalar los pecados de todos? (Véase Ezequiel 33:7-9.). ¿No nos ordenó Jesús que fuéramos a hablar con un hermano que esté en pecado? (Mateo 18:15-20.) Los legalistas usan su sentido de responsabilidad personal por la conducta moral de otros como una justificación para señalar el pecado, según ellos lo entienden, dondequiera que lo ven. Con frecuencia serán críticos y condenatorios.

No obstante, difícilmente reconocerán que están criticando y destruyendo. Los legalistas que quieren controlar una congregación o una denominación asegurarán que desean purificar la iglesia de pecado. En algunos casos, tal pretensión puede ser sincera. En otros casos, estoy convencido de que debajo del deseo expresado de ayudar a otros o de purificar la iglesia yace una necesidad de obtener el control y de la que ellos mismos pueden no estar conscientes.

Jugando a ser Dios. Los legalistas que tratan de controlar la conducta de otras personas mediante sus convicciones personales acerca de la moralidad están en última instancia tratando de ser Dios para esas personas. Es apropiado hablar a un individuo acerca de un caso claro de pecado serio. Pero los asuntos que tienen que ver con el estilo de vida, especialmente aquellos que están sujetos a una variedad de interpretaciones, deberían ser dejados al arbitrio de cada persona. No deberíamos acosar a las personas por ciertas cosas que hacen y con las que no estamos de acuerdo. En el mejor de los casos, tales asuntos pueden merecer una mención discreta, llena de tacto, y nada más. Aunque en la mayoría de los casos, es mejor no hablar del asunto.

Existe entre quienes tratan de no ser legalistas la idea general de que los legalistas son severos y faltos de tacto en sus reproches contra lo que consideran pecaminoso. He conocido unos pocos legalistas que en verdad son así, pero la mayoría de los que conozco tratan de ser atinados en sus expresiones. El problema de fondo del legalismo no es si los legalistas tienen tacto o no. El problema es su tendencia a evaluar (es decir, a juzgar) la experiencia cristiana de otros a la luz de cuán estrechamente se adecúan a las normas del estilo de vida según los legalistas las entienden. Con tacto o sin él, los legalistas se sienten personalmente responsables por la pureza de la iglesia y están convencidos de que deben pronunciarse acerca de toda desviación de las normas bíblicas según ellos las entienden.

El legalismo en la familia. Una de las situaciones más trágicas en las que los legalistas intentan controlar la conducta de otros es dentro de la familia. Por supuesto que es responsabilidad de los padres enseñar a sus hijos ciertos valores que tienen que ver con el estilo de vida. Los hijos nunca adoptarán esos valores si sus padres no se los enseñan. Si los padres enseñan a sus hijos los principios propios de ese estilo de vida y no sólo una conducta —y si instruyen a sus hijos en forma positiva y con amabilidad—, es probable que los hijos vayan adoptando en gran medida los valores de sus padres a medida que crezcan. Pero si cada vez que los padres hablan de sus valores y del estilo de vida resultante de éstos, agregan sus propias opiniones y tratan de justificarlas con declaraciones de la Biblia (y, en el caso de los adventistas, con citas de Elena de White), están preparando a sus hijos para una de dos cosas: para que abandonen por completo los valores de sus padres, o para que se conviertan ellos mismos en legalistas.

Los padres que sostienen convicciones religiosas firmes tienden a sentirse amenazados cuando sus hijos que están creciendo toman decisiones contrarias a las convicciones que sus padres tienen acerca de lo correcto y lo incorrecto. Los padres que tienden a juzgar la experiencia espiritual de otros creyentes por la adherencia de éstos a las normas que tienen que ver con el estilo de vida, se sentirán particularmente amenazados cuando sus hijos transgredan esas normas. Pensarán que la vida eterna de sus hijos está en juego, y querrán hacer todo lo que puedan para "salvarlos". Entiendo bien ese senti-

miento. Crecí en un ambiente como ése, no sólo en mi hogar, sino en toda la cultura religiosa donde se desenvolvió mi infancia.

Pero he aprendido que no puedo ocupar el lugar de mis hijos en lo que se refiere a la vida espiritual de ellos; son ellos quienes deben vivirla. Yo no puedo vivirla por ellos. Mis hijos ya son adultos, y debo respetar su derecho a tomar sus propias decisiones, aunque estuviera en desacuerdo con ellas. Hay dos cosas que no puedo hacer al mismo tiempo: ser respetuoso con ellos y al mismo tiempo recordarles permanentemente mi opinión acerca de sus decisiones.

Los padres no deben pretender controlar las decisiones de sus hijos en lo que atañe a asuntos espirituales hasta que tengan 18 años para permitirles, recién entonces, que decidan lo correcto por sí mismos. Debemos aceptar mucho antes el derecho de nuestros hijos a tomar decisiones de índole moral que difieren de las nuestras y a darles nuestra opinión sólo cuando nos la pidan. No podemos enseñar a nuestros hijos a tomar decisiones espirituales responsables si controlamos esas decisiones. La única manera de enseñarles a tomar sus propias decisiones es permitirles que decidan por sí mismos, libres de nuestra interferencia continua.

Así es como deberíamos también relacionarnos unos con otros en la iglesia. El asunto no es si la iglesia tiene normas acerca del uso de joyas o cosas por el estilo, acerca de la asistencia al cine y de la observancia del sábado. El asunto es cómo nos relacionaremos con quienes están en la iglesia e interpretan esas normas de manera diferente a la nuestra. No debemos tratar de controlarnos unos a otros en lo que respecta a esos asuntos.

Y eso es lo que resulta tan difícil de aceptar para los legalistas. Su sentido de responsabilidad por la pureza de la iglesia hace que traten de controlar moralmente a los demás. No entienden, y en algunos casos es probable que no puedan aunque quieran, que están jugando a ser Dios.

Ejemplos de legalismo

Uno de los mejores lugares para dar un buen vistazo al pensamiento legalista existente en la actualidad dentro de la Iglesia Adventista es la sección de cartas de los lectores de nuestras revistas

denominacionales. No estoy condenando a los editores de esas publicaciones por publicar esas cartas. Francamente, estoy contento de que lo hagan, pues me permite ver cómo piensan otros dentro de mi iglesia.

Otra excelente manera de tomar contacto con algo del pensamiento legalista presente en la iglesia es leer las preguntas enviadas por algunos lectores a una sección especial (que dirigía Miriam Wood) en la edición norteamericana de la *Revista Adventista.* Me gustaría citar a continuación unos pocos ejemplos:

"Querida Miriam: Soy padre de un joven de 22 años que tiene su propio departamento y es económicamente independiente. Desde hace un par de años, mi esposa y yo estamos percibiendo su paulatino distanciamiento de la iglesia, y ayer, sábado, llegamos a un punto crítico. El no llegó para el horario de la escuela sabática, sino para el sermón, y se mostró disgustado cuando supo que se celebraría la Santa Cena. Cuando las hermanas y los hermanos se separaron para participar del rito de la humildad, él me dijo: 'Papá, ¿te molestaría mucho si no participo esta vez de la ceremonia?' Entonces agarré a ese muchachón del brazo y le dije que no sólo participaría sino que no me despegaría de él hasta que llegáramos al lugar preparado para el lavamiento. No dijo una sola palabra durante todo el servicio religioso. Lo habíamos invitado a almorzar, y cuando llegamos a casa lo puse realmente en su lugar. Tal vez me salí un poco de mis casillas porque le grité y golpeé la mesa, pero, ¿no dice acaso Dios que debemos velar para que nuestros hijos hagan lo correcto? Mi esposa teme que yo lo haya alejado con todo lo que pasó, pero yo estoy seguro de que hice lo correcto. ¿Qué opina usted?"

Este es un ejemplo extremo de la gran necesidad que siente el legalista de controlar la conducta de otros, especialmente de los miembros de la familia. No dudo de que este padre se preocupaba por su hijo. Estaba desesperadamente ansioso de que su muchacho se salvara. Desafortunadamente, no logró comprender que un hombre de 22 años de edad tiene no sólo el derecho, sino también la responsabilidad de tomar sus propias decisiones en asuntos espirituales. Aquel padre estaba jugando a ser Dios para su hijo. Ese es uno de los grandes peligros de los legalistas: preocuparse tanto por la salvación de otros, al punto de que tratan de ser Dios para ellos.

En su respuesta a aquel padre, Miriam Wood dijo lo siguiente: "Pienso que usted será afortunado si su hijo vuelve a pisar alguna vez una Iglesia Adventista".

Ella está en lo cierto.

Aquí hay otro ejemplo:

"Querida Miriam: Un grupo de cristianos que guardan el domingo y que no tienen templo propio nos ha pedido que le alquiláramos el nuestro durante algunos meses. Pienso que sería un error permitir eso, pues sabemos que ellos guardan el día equivocado. Además, los ángeles y el Espíritu Santo se irán de la iglesia cuando se ponga el sol el sábado, así que ellos estarían de todos modos perdiendo el tiempo allí al día siguiente".

Esta persona es un legalista. Piensa que quienquiera que no piense exactamente como él no tiene posibilidad alguna de ser un cristiano y, por lo tanto, que no debería concedérsele los privilegios que acordamos a los cristianos.

He aquí uno de los más trágicos ejemplos de legalismo que alguna vez se haya visto:

"Querida Miriam: En nuestra pequeña iglesia, una de las jóvenes quedó embarazada. Finalmente se casó con el padre de la criatura, un no adventista. Pero se separaron pocas semanas después. Ella siguió asistiendo a la iglesia, y tras el nacimiento de su bebé, pidió que fuera dedicado a Dios. El pastor realizó la ceremonia a pesar de la oposición de varios de los miembros. Algunos de los miembros de la iglesia creemos que ella debería sentirse avergonzada incluso de mostrar su cara, y el hecho de que dedicara públicamente a su hijo ha avergonzado a la iglesia entera. ¿Qué piensa usted?"

Y ésta es la respuesta de Miriam: "Tal vez usted preferiría que ella usara una gran letra A de color escarlata en la ropa para asegurar de esa manera que sufra cada día de su vida por su error. ¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Qué pecado cometió la criatura? Puedo ciertamente comprender la preocupación que usted siente por el buen nombre de la iglesia, pero eso nunca puede estar por encima de la necesidad de extender un amor incondicional en esos casos".

Dios nos dice que debemos amar a los pecadores, independientemente de cuál sea el pecado cometido. La mujer que dijo: "Esta chica soltera que tuvo un hijo trajo oprobio a la iglesia; debería haber sido echada de la iglesia", era una farisea moderna. Como usted sin duda recuerda, los fariseos fueron quienes dijeron a los discípulos: "¿Por qué vuestro maestro se junta con pecadores?" (Véase Lucas 15:2.) Eso es legalismo.

Aquí hay otra carta:

"Querida Miriam: Le estoy escribiendo con el corazón apesadumbrado. Pero quiero que sepa que amo a la Iglesia Adventista y que nunca la dejaré, aunque a veces me siento tan rechazada y abandonada que apenas puedo soportar esta situación. Soy adventista de cuna, pero mi esposo no lo es. Es un hombre maravilloso, moral, recto en todo sentido, y siempre me ha permitido practicar mi religión con libertad. Él ha enviado a nuestros tres hijos a nuestros colegios denominacionales y ha pagado puntualmente sus cuotas. Pero los miembros de nuestra pequeña iglesia rural no se relacionan con nosotros porque, como una hermana me dijo: 'Primera de Corintios 5:11 significa que debemos mantenernos alejados de quienes no pertenecen a nuestra iglesia ni guardan todas las leyes de Dios y las enseñanzas de Elena de White'.

"En cierta ocasión, la iglesia organizó un *picnic* para el sábado de tarde en el parque. Yo me sentía muy feliz porque pensaba que los niños y yo podríamos participar de aquella actividad. Pero uno de los miembros dijo: 'Eso no es para familias divididas; si fueras, no lo disfrutarías'. Mis hijos se pusieron a llorar pues se sintieron muy desilusionados.

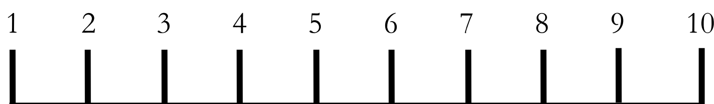
"Durante el verano, los sábados de tarde parecían interminables, pues nadie venía a visitarnos, y nuestras llamadas telefónicas a los hermanos no eran bien recibidas. Nos hemos esforzado tanto por ser amigables, pero nada ocurre. Antes de morir, mi madre, aunque no era adventista, pidió que un pastor adventista oficiara su funeral, y así fue. Pero ninguno de los miembros de la iglesia volvió a pisar nuestra casa desde entonces.

"Si ustedes publican esta carta, estaré orando para que tal vez otros puedan ver las necesidades que tenemos quienes vivimos en

un hogar dividido en materia religiosa y cuánto significaría para nosotros un poco de amistad".

Cada una de las cartas que hemos reproducido es un ejemplo de frío y flagrante legalismo. Odio decirlo, pero cada una de esas cartas fue escrita por un adventista del séptimo día, y reflejan la actitud de demasiados de nosotros. Es la misma actitud que Pablo condenó en los gálatas cuando dijo: "¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó?" Es la misma actitud en la que no quería que sus hermanos gentiles de Galacia recayeran. Es la misma clase de gente de la que los gálatas debían librarse según el consejo de Pablo. Los gentiles estaban preocupados por la circuncisión y por los días festivos —legalismo ceremonial— en aquella época. Hoy nosotros estamos preocupados por el legalismo del estilo de vida.

En el capítulo 16 analizaremos las consecuencias de esta manera de pensar. Pero antes de pasar al próximo capítulo, quiero cumplir mi promesa y ver el resultado de la autoevaluación que hicimos al comenzar este capítulo. Cuente cuántas respuestas afirmativas puso en la evaluación y dibuje un círculo alrededor de ese número en la línea que aparece debajo:



Ni la evaluación ni este diagrama de resultados son de tipo científico. Ambas cosas se me ocurrieron en el lapso de una hora. Pero a pesar de su sencillez, creo que esta evaluación constituye una forma veraz de analizarnos a nosotros mismos si es que respondemos honestamente las preguntas y hacemos un círculo alrededor del resultado numérico obtenido. Me permito sugerir que cuanto más cerca esté usted del 10, más seriamente necesita preguntarse: "¿Soy un legalista?"

Usted puede pensar que se trata de una cuestión trivial, pero no lo es. Cuanto más cerca esté usted del 10, más seriamente debe preguntarse si su actitud —su anhelo de pureza en la iglesia— puede estar creando un clima de frialdad que aleja a las personas. Esto es es-

pecialmente cierto si al terminar la evaluación usted se sintió disgustado porque el mero hecho de que yo hiciera tales preguntas le sugiere que soy un liberal.

Desafortunadamente, la mayoría de los legalistas no comprenden que lo son. Les resulta extremadamente difícil reconocer el daño que sus actitudes están haciendo en las vidas de otras personas. Si usted estuvo cerca del 10 —o en el 9—, lo insto a solicitar la ayuda de Dios para entenderse a usted mismo y sus actitudes. Pídale que le muestre lo que sus palabras y acciones están haciendo a otros. Pídale que cambie su corazón y lo haga un cristiano amable y amoroso, capaz de ganar a las personas para Jesús en lugar de empujarlos hacia él, o alejarlos de él.